



PRIMERA PARTE



Vi la fotografía por primera vez una calurosa tarde de enero en el dormitorio de mi madre. Ella dormía —al menos eso creía yo— en la galería cubierta, situada en el extremo opuesto de la casa. Entré sin hacer ruido por la puerta entreabierta, disfrutando de la sensación de estar irrumpiendo donde no debía, mientras aspiraba los aromas a perfume, polvos de maquillaje y lápiz de labios, además de otros olores propios del mundo adulto: bolas de naftalina para las polillas e insecticida para los mosquitos, de los que los mosquiteros nunca parecían ser capaces de librarnos. Los visillos estaban corridos, la persiana medio bajada; desde la ventana lo único que se veía era la desnuda pared de ladrillo de la casa de la señora Noonan, la vecina de al lado.

Me acerqué al tocador de mi madre y me paré a escuchar bajo la tenue luz. La casa estaba en silencio, a excepción de los crujidos amortiguados que, según mi padre, se debían a que el calor dilataba las planchas de cinc del tejado, no a que alguien se arrastrara por la oscura cavidad que formaba el cielo raso. Probé todos los cajones, uno por uno, tres a cada lado. Como siempre, el único cerrado con llave era el cajón inferior de la izquierda. Finas planchas de madera separaban un cajón de otro, de manera que no se podía ver el contenido del cajón de abajo extrayendo el de arriba. La última vez había buscado entre el montón de tubos, tarros y botellas amontonados en el cajón superior de la derecha. Ese día empecé por el de en medio y revolví el interior de una caja de zapatos llena de agujas y botones, carretes de hilo de colores y ovillos de lana, cuyos extremos se habían liado formando un nudo descorazonador.

Para ver si había algo detrás de la caja, tiré con fuerza del cajón. Se atascó, pero luego salió disparado del tocador y chocó contra el

suelo con un fuerte golpe. Intenté volver a introducirlo, pero no había forma. Esperaba oír los pasos de mi madre en cualquier momento, recorriendo el pasillo, pero todo siguió en silencio. Incluso los crujidos del techo se habían desvanecido.

No parecía haber ninguna razón para que no entrara de nuevo. Excepto por la presencia de algo duro y frío pegado en la parte inferior, junto al borde de atrás. Una pequeña llave de latón. Ya la había arrancado, la había despojado de la cinta adhesiva y había abierto el cajón cerrado antes de empezar a darme cuenta de la gravedad de mis actos.

Lo primero que vi fue un libro, cuyo título no lograría recordar después durante años. *¿El carillón? ¿El chemillón? ¿El calimón?* Una palabra que me era desconocida. La cubierta gris estaba arrugada por los bordes y salpicada de manchas amarillentas. No tenía dibujos, y parecía viejo y aburrido.

No encontré nada más. Después vi que el papel que cubría el fondo del cajón era en realidad un sobre marrón muy grande, con una dirección escrita a máquina y los sellos puestos; un extremo había sido cortado con un cuchillo. Otra decepción: sólo había un grueso manojito de páginas mecanografiadas en su interior, atadas con una ajada cinta negra. Al sacarlo del sobre, una fotografía cayó sobre mi regazo.

Nunca antes había visto a la mujer de la foto, y sin embargo tuve la sensación de reconocerla. Era joven y hermosa, y a diferencia de la mayoría de la gente que ves en fotos, no te miraba directamente, sino que sus ojos se desviaban hacia un lado y la barbilla se inclinaba ligeramente hacia arriba, como si no se estuviera percatando de que alguien la observaba. Y no sonreía, al menos no lo parecía. Pero al seguir contemplándola, empecé a distinguir el levísimo rastro de una sonrisa, justo en las comisuras de los labios. Su cuello era increíblemente largo y fino, y aunque la foto era en blanco y negro, intuí los cambios de color en su piel en los lugares donde la luz caía por detrás del cuello y le tocaba la frente. El cabello, abundante, estaba recogido en la nuca formando una larga trenza, y su toga —estoy seguro de que ése era el nombre que merecía un vestido tan maravilloso como aquél— estaba hecha de un material oscuro y aterciopelado, con los hombros fruncidos como si fueran las alas de un ángel.

Había aprendido en algún sitio que todos los chicos creían que sus madres eran hermosas, pero yo sospechaba que ése no era el caso de la mía. Parecía más vieja y más delgada que la mayoría de madres del colegio, y se preocupaba por todo, sobre todo por mí. Últimamente se la veía incluso más preocupada. Tenía bolsas debajo de los ojos; las arrugas que le cruzaban la frente y le rodeaban la boca parecían más profundas, y el cabello, que antes era castaño oscuro, estaba vetado de gris. Yo temía que mi mala conducta fuera la causa de ese agotamiento; mi intención siempre era ser mejor, y sin embargo aquí estaba, registrando su cajón secreto. Pero también sabía que aquella mirada ansiosa y sombría podía aparecer en sus ojos sin que yo hubiera hecho nada malo. Mientras que la mujer de la foto era tranquila y bella y *viva*, más viva que cualquier otra persona que hubiera visto alguna vez en una foto.

Aún estaba arrodillado delante del cajón, absorto en la fotografía, cuando oí un silbido procedente de la puerta. Mi madre estaba en el umbral, con los puños apretados y el semblante furioso. El cabello alborotado y las pupilas a punto de salirse de las órbitas. Durante un segundo largo y petrificado no se movió. Después avanzó hacia mí de un salto y empezó a pegarme, a pegarme, a pegarme, acompañando con gritos cada golpe, dado al azar, hasta que conseguí librarme y corrí llorando por el pasillo.

De la anciana señora Noonan aprendí que si te estremecías sin motivo aparente, es que alguien estaba andando sobre tu tumba. La señora Noonan era delgada y cargada de espaldas, y tenía las manos finas y retorcidas con extraños bultos en torno a los nudillos; despedía un rancio olor a lavanda y tenía frío incluso en verano, sobre todo cuando tomaba el primer sorbo de té. A mi madre no le gustaba que lo dijera, de manera que la señora Noonan se acostumbró a estremecerse en silencio cuando bebía una taza de té en la cocina de nuestra casa, pero yo sabía qué quería decir. Cuando mi mala conducta no era la causa de la expresión sombría de mi madre, imaginaba que alguien había encontrado la tumba de ella, un hombre vestido de oscuro con el semblante muy pálido que se ocultaba tras los sepulcros cuando te

veía venir, para que no lo pillaras. Por eso a mi madre la asaltaban aquellos sobresaltos sin motivo alguno. Había días en que podías decir que él saltaba hacia atrás y adelante, hacia atrás y adelante, sobre su tumba.

A veces pasábamos junto al cementerio de Mawson, pero nunca había estado en su interior porque no teníamos a ningún pariente allí. Los padres de mi padre estaban enterrados en Sydney, y tenía una hermana casada en Nueva Zelanda que nos mandaba una postal por Navidad, pero nunca vinieron a vernos. Toda la familia de mi madre estaba enterrada en Inglaterra, y era allí donde yo imaginaba que estaría su tumba.

Mawson es una ciudad campestre que ha crecido mucho y se ha extendido a lo largo del borde del Gran Océano del Sur. Antes se llamaba Leichhardt, en honor de cierto explorador sin fortuna que nunca regresó del Dead Heart, el Corazón Muerto, hasta, según me explicó mi padre, que el alcalde decidió cambiar su nombre por otro más alegre. No hay mucho que ver aparte de los restos del centro de la ciudad antigua, sólo centros comerciales y gasolineras, y kilómetros y kilómetros de extensos barrios idénticos. Playas al sur, montañas al norte; en el centro, el Dead Heart. Era el lugar donde acababas si cruzabas la estrecha franja de tierra de cultivo más allá de las montañas y seguías conduciendo en dirección norte, a través de la interminable salina bordeada de maleza arenosa, hasta llegar al desierto. En verano, cuando soplaba el viento del norte, nubes de fino polvo rojo cubrían la ciudad. Incluso en el interior de las casas, la arena se te metía entre los dientes.

Las historias que contaba mi madre sobre su infancia en el campo inglés estaban llenas de cosas que no existían en Mawson: pinzones, cachipollas, dedaleras y espinos, toneleros y herradores, y el anciano señor Bartholomew que repartía leche y huevos frescos de casa en casa con su carro y su caballo. Cuando no estaba en el internado, mi madre vivía con su abuela Viola, una cocinera y una doncella, en una casa llamada Staplefield, con escaleras y buhardillas y más habitaciones de las que podías contar, y tenía una amiga llamada Rosalind que iba a pasar con ella las vacaciones de verano. Mi madre podía describir sus paseos favoritos de una forma tan vívida que te sentías

allí, siempre que no la interrumpieras. Me gustaba oír los detalles de uno en particular, que cruzaba campos llenos de pacíficas vacas hasta llegar a algo llamado cancilla, desde la que se ascendía por un bosque de robles, donde si te movías muy despacio podías ver fácilmente liebres y tejones, hasta llegar a un claro donde se alzaba —de algún modo siempre parecía una sorpresa— una glorieta, que una vez mi madre dibujó para mí. Era como una versión reducida del quiosco de música de nuestro Memorial Park, pero recién pintada, en colores crema, azul y verde oscuro, con cojines para los asientos de madera pulida. Nadie las molestaba nunca, de manera que se quedaban allí durante horas, hablando, leyendo o contemplando el paisaje: podían ver incluso los barcos anclados allá lejos, hacia el sur, en el puerto de Portsmouth.

En Staplefield, mi madre y Rosalind podían ir adonde se les antojara sin peligro alguno, mientras que los chicos que deambulaban por Mawson corrían el riesgo de ser metidos en coches extraños, secuestrados y asesinados, eso si las bandas callejeras no habían acabado antes con ellos. Nuestra casa era un bungalow de ladrillo rojo situado en el límite de lo que era la vieja ciudad, pero, como mi padre no se cansaba de repetir, construido con paredes de doble ladrillo, no revestidas con esa imitación de ladrillo con la que se construía hoy en día.

Como todas las demás casas de la calle, la nuestra alzaba su planta cuadrada sobre un cuarto de acre de terreno llano y yermo (de unos treinta metros por lado). Había un escalón que separaba el porche y el vestíbulo, siempre oscuro cuando se cerraba la puerta. Teníamos paredes de yeso, color crema mezclado con un extraño tono marrón, y una moqueta estampada en verde oscuro que despedía un leve olor a perro, aunque nunca habíamos tenido alguno. A la derecha estaba el dormitorio de mi madre, el mayor de los tres, luego la salita (a la que nunca había que llamar «el salón»). A la izquierda estaba la habitación de mi padre, seguida de la mía, la cocina con su piso de linóleo gris y armarios de aglomerado pintado de verde, una mesa y sillas de fórmica, y una vieja nevera amarilla que se abría con una manija. De noche oías sus crujidos cuando se ponía en marcha el motor. Cruzabas una puerta y llegabas al cuarto de baño, el lavadero y un cuarto pequeño al que llamábamos estudio, a la izquierda frente a la

galería. La propia galería era una extensión hecha de cemento y aglomerado, el único lugar de la casa que disfrutaba de luz durante todo el día.

A medida que me hacía mayor, los terrenos del final de la calle se convirtieron en zonas edificables y después en parcelas, mientras los barrios hechos con esa imitación de ladrillo nos invadían, pero nosotros seguíamos inmutables. En lugar de cachipollas teníamos los ciempiés portugueses, incontables ejércitos de ellos, que salían de los cubos de basura con las lluvias de otoño, armados, segmentados, buscando la luz. En invierno, si mi padre se olvidaba de rociar los senderos, los muros internos se volvían negros en una noche. Tenías que coger la escoba, barrerlos de las paredes, recoger la asquerosa masa con la pala y llevarla al cubo de la basura. No eran peligrosos, pero mi madre odiaba esa sensación húmeda y viscosa. Si aplastabas ni que fuera uno solo, un olor amargo y punzante parecía seguirte por toda la casa.

En verano los ciempiés se refugiaban bajo tierra y aparecían las hormigas, una interminable columna negra que ningún veneno lograba mantener lejos de la despensa durante más de unas horas. Las hormigas de cocina no mordían, al menos en teoría, pero si te quedabas descalzo durante un rato cerca de una de sus rutas, notabas el cric cric de sus diminutas mandíbulas. En el patio había unas feroces hormigas cuya mordedura era como si te clavaran una aguja ardiendo. Cada temporada había que soportar dos nidos de esos temidos seres menudos. Media docena podían llevarte al hospital; resbalar y caerse cerca del grupo podía matarte. Lo mismo sucedía si eras lo bastante tonto como para dejar una lata de refresco abierta sin vigilancia: una abeja se metería por la abertura, te picaría en la garganta cuando bebieras y morirías asfixiado. Arañas de espalda roja tejedoras de redes se escondían en la pila de madera de detrás del cobertizo; tenías que ponerte gruesos guantes de goma para coger los leños, hasta que nos pasamos a las bombonas de gas licuado, y pisar con fuerza cuando te acercabas por si había una serpiente letal, como la que mató al gato de la señora Noonan, compartiendo la pila de madera con las arañas.

En Staplefield no hacían falta rejas y podían dejar las ventanas abiertas en las noches de verano. En Mawson teníamos finas mosquiteras en todas las puertas y ventanas, para mantener alejadas a las

moscas negras que formaban nubes alrededor de la puerta trasera cuando se acercaba alguien, metiéndose en los ojos y en la nariz, penetrando en las orejas, y a las enormes moscas zumbonas que, según mi madre, vomitaban lo último que habían comido sobre los alimentos en cuanto les dabas la espalda. Pero ninguna red, por fina que fuera, podía alejar a las hormigas voladoras que se unían en enjambre la primera noche calurosa de primavera, serpenteando entre la malla hasta convertirse en una nube espesa alrededor de cualquier bombilla. Por la mañana, cuerpecillos que se agitaban débilmente yacían en un charco de alas cortadas.

De no haber sido por las historias de mi madre, quizá Mawson —pese a las bandas callejeras, a los ciempiés y demás— podría haber sido simplemente mi hogar. Pero desde donde me alcanzaba la memoria, siempre me había preguntado por qué no nos íbamos a vivir a Staplefield. Sin embargo, preguntarle los motivos no sólo interrumpía el flujo de recuerdos, sino que provocaba el efecto contrario. No era sólo que Staplefield hubiera sido vendido hacía mucho tiempo a otras personas, o que posiblemente no pudiéramos permitirnos una casa como aquella hoy. También Inglaterra se había degradado. Donde antes cantaban los pinzones, ahora se acumulaban montañas de basura por todas las esquinas, alimentando a ratas gigantescas que se comían a los bebés y eran inmunes a los venenos más fuertes. Se habían acabado los largos veranos soleados: ahora llovía once meses al año, y podías quedarte sin carbón o electricidad durante semanas. Cuando cumplí los siete u ocho años, ya había aprendido a no preguntar, pero las dudas seguían allí. Nadie en nuestra calle tenía una habitación en el piso superior, ni mucho menos una cocinera, y resultaba difícil comprender para qué necesitabas a una persona sólo para asar costillas, hervir verduras y abrir latas de fruta. Pese a todo, no podía evitar ver nuestra falta de escaleras y sirvientes como una consecuencia más del oscuro infortunio que nos había llevado hasta Mawson.

Me pasé toda la tarde en el garaje, escondido detrás de un montón de madera, esperando otra paliza. Pero no me llamó, y al final el hambre y la sed me impulsaron a entrar y enfrentarme a un largo interrogato-

rio. No, le dije varias veces («Mírame a los ojos, Gerard»), no había hecho *nada* excepto mirar la foto de la mujer. Quería preguntarle quién era, pero no me atreví, ni entonces ni luego.

—Espiar entre las cosas privadas de los demás es un pecado terrible —sentenció mi madre finalmente («pecado» no era una palabra habitual en su vocabulario)—, como abrir sus cartas, leer sus diarios o escuchar detrás de las puertas. Prométeme que nunca, nunca, nunca volverás a hacer algo así.

Lo prometí, lo que no me impidió entrar a hurtadillas en su habitación en cuanto tuve oportunidad, sólo para encontrarme con el cajón cerrado de nuevo, y con que la llave ya no estaba en su escondrijo.

Hacia el final de las vacaciones de verano mi madre parecía haber olvidado mi intrusión. Pero algo se había perdido entre nosotros, algo que no pude identificar hasta que me di cuenta de que desde el día en que me pilló con la foto, no había vuelto a mencionar ni una sola vez Staplefield o a Viola. Intenté sonsacarle el tema una y otra vez, pero todo fue en vano; ante la menor insinuación, parecía sufrir un ataque de sordera y adoptaba una mirada de incompreensión absoluta hasta que yo cambiaba de tema o me marchaba.

Parecía un doble castigo. Hablar de Staplefield había sido la única vía más o menos segura de suavizar las arrugas de preocupación que le surcaban la frente. Ahora no sólo me había revelado demasiado malvado para poder entrar en ese mundo encantado: también la había privado del consuelo de hablar de él. Me movía por la casa, intentando ser bueno, o al menos fingirlo, pero no varió nada. Mi padre se mantenía más al margen de lo habitual.

Poco a poco llegué a comprender que mi madre no me quería menos; en realidad, si algo varió a medida que yo crecía, y cambiaba el colegio por el instituto, y la infancia por la adolescencia, fue un aumento de su nerviosismo por mi bienestar. A diferencia de la mayoría de mis compañeros, a mí nunca me habían permitido campar a mis anchas, pero tampoco lo deseaba; el mundo que se abría más allá de las tiendas cercanas era un lugar siniestro, preñado de amenazas des-

conocidas de las que las telarañas, las bandas callejeras y los hombres bien vestidos de aspecto corriente que se dedicaban a raptar chicos eran sólo las señales más visibles. A sus ojos, incluso el hombre del Departamento de Estadística que llamó un día a la puerta era un secuestrador en potencia. Si mi padre no hubiera estado en casa, ella se habría negado a contestar ni una sola pregunta. Necesitaba saber dónde me hallaba cada minuto del día; si llegaba a casa de la escuela con media hora de retraso, la encontraba acurrucada junto a la mesita del teléfono del recibidor. Sabía que yo era el centro de su existencia, pero en relación con su pasado —no sólo Staplefield, sino toda su vida antes de que llegara a Mawson para casarse con mi padre— el hábito del silencio creció entre nosotros.

Teníamos fotos de los padres de mi padre, de su hermana, su marido y sus hijos, pero no había ninguna de mi madre anterior a su boda, y muy pocas posteriores a ésta. La foto de la boda, tomada en las escaleras de las oficinas del Registro de Mawson en mayo de 1963, es en blanco y negro: los dos solos, sin confeti. Mi madre lleva un traje de chaqueta, y esa clase de zapatos cuya mejor descripción es que son cómodos. Treinta y cuatro años (como averigüé por mi propio certificado de nacimiento), treinta y cuatro años de ser Phyllis May Hatherley acababan de terminar sin dejar rastro al lado de Graham John Freeman. Mi padre tiene el brazo izquierdo doblado para que ella se aferre a él, algo que hace con torpeza. El puño cerrado de él se aprieta contra sus propias costillas. La cabeza de ella roza el pañuelo que sale del bolsillo de la solapa del novio. Un traje que no acaba de sentarle bien: las mangas son demasiado cortas y le cuelgan los hombros. Podrías confundirle fácilmente con el padre de la novia, aunque sólo tiene once años más que ella. La parte baja de su rostro ha adoptado ya ese aspecto hundido, ligeramente simiesco, que te hace pensar que alguien no lleva puesta la dentadura postiza. Y pese a la insistencia de mi madre de que brillaba el sol, a ambos se los ve fríos y desnutridos, como si en realidad fuera un día de invierno en la Inglaterra de hace diez o más años, en plena época de racionamiento.

No creo que mi padre supiera más que yo de la vida de mi madre antes de que se conocieran. Parecía un hombre nacido sin el menor atisbo de curiosidad. Su propio padre procedía de una familia de

ingenieros de Southampton, que había emigrado a Sydney en la década de los años veinte, se había casado, sobrevivido a la Depresión y a la guerra como mecánico en la Fuerza Aérea, y después había instalado su propio negocio, dedicándose a perpetuar los más altos niveles de la habilidad británica, con un retrato del monarca reinante en la pared de la oficina. Por lo que a mi padre se refería, la historia completa de su familia podía expresarse en lecturas de micrómetro, coeficientes de expansión, y la capacidad de trabajar con tolerancias situadas no sólo en milésimas sino en diezmilésimas de pulgada. Como delineante debía haber dominado el nuevo sistema métrico, pero en casa sólo usábamos el imperial. Creyeran lo que creyeran en el instituto de Mawson, yo sabía que la realidad se medía en libras y onzas, pies y pulgadas, cadenas y estadios, acres y millas, y extrañas cantidades bíblicas como codos.

Cuando salía del trabajo el único objetivo aparente de mi padre era pasar por la vida de la forma más tranquila y desapercibida posible. Hasta donde me alcanzaba la memoria, mis padres siempre habían dormido separados, aunque es de suponer que, al menos una vez, compartieron cama. La habitación de él era tan austera como la celda de un monje. Suelo de madera, cama individual, mesilla de noche, armario y cajonera. Y una silla de respaldo alto. Ningún secreto por ese lado. Sobre la cajonera había una foto enmarcada de mi madre, una de las pocas que teníamos, de pie frente al porche con su conjunto de jersey y chaqueta y los cómodos zapatos, haciendo esfuerzos por sonreír. Como si en lugar de estar al otro lado del recibidor estuviera al otro lado del mundo. Utilizaban la palabra «querido» para llamarse el uno al otro, y jamás los oí discutir. Todas las mañanas él cogía el paquete de comida que ella le había preparado y se dirigía al Departamento de Demarcación del Suelo. Cultivaba las verduras del jardín, reparaba el coche y se encargaba de los arreglos de la casa. El resto del tiempo lo pasaba con sus trenes.

Al principio fueron nominalmente míos: el modelo más pequeño, de escala 1:76, montado sobre una base de seis por cuatro pies [1,80 × 1,20 m] en una de las esquinas del garaje. Una vía ovalada con un giro interno, una vía muerta, dos estaciones y un túnel que cruzaba una montaña de cartón piedra. Me aburrí al cabo de unas po-

cas horas; él dobló la longitud de la vía; tras unas horas más volví a perder el interés. Todos seguíamos hablando de los «trenes de Gerard» durante años, mientras la base se engrandecía y las vías se triplicaban y cuadruplicaban bajo las señales; y los pórticos, las torres hidráulicas y los motores y accesorios se multiplicaban hasta relegar al coche al exterior del garaje para siempre, pese a la amenaza de oxidación. Compró una estufa de queroseno para el invierno y un aparato de aire acondicionado de segunda mano para combatir el calor feroz del verano. La base creció hasta dejar sólo un estrecho pasillo a ambos lados que le permitía llegar hasta el cuadro de mandos, situado en el extremo opuesto, donde tenía el banco de trabajo, el termo, una vieja silla de cuero e incontables filas de interruptores, palancas y cuadrantes, todos etiquetados según un código que él se sabía de memoria. Todo en las vías estaba electrificado: no sólo los trenes, sino las luces, los puntos de cruce, las señales, los puentes, incluso las campanas en miniatura. Compraba las piezas —cajas enteras de recambios, solenoides, reóstatos e interminables rollos de cables multicolores— en las rebajas de los almacenes del ejército y en las subastas del Gobierno, y las intercambiaba con otros aficionados a los trenes. Cuando no estaba en marcha el aire acondicionado podías oír el zumbido de los transformadores.

Cada línea tenía su propio horario, y todas las estaciones tenían nombres de pueblos ingleses como East Woking o Little Barnstaple, pero la red no era un mapa ni seguía ningún modelo; era un mundo independiente, ordenado a la perfección, diseñado a escala, meticulosamente, hasta el más mínimo detalle, excepto por el hecho de que no contenía figuras humanas. Algunos aficionados tienen cuadrillas de gente en miniatura esperando en los andenes, campos llenos de diminutas vacas de porcelana pintadas a mano: el universo de mi padre estaba habitado exclusivamente por trenes. Si no hubiera sido por «lo nerviosa que se pone tu madre», creo que también él se habría mudado al cobertizo; tal y como estaban las cosas, devolvía el último tren al depósito a las 22.27 h cada noche, y se retiraba obedientemente a su dormitorio. Él y yo siempre íbamos a mantener «una breve charla sobre cosas», pero no habíamos llegado a hacerlo nunca cuando, la víspera de cumplir dieciocho años, él no entró en casa a las 22.30, ni

a las veintitrés, y mi madre lo encontró muerto en la silla del cuadro de mandos, con un solo tren corriendo a toda velocidad, sin parar de dar vueltas por la vía exterior.

Es posible que ver fotos de Staplefield hubiera sofocado las imágenes que me dibujaba en la mente, rebosantes de profundidades y sutilezas de color desconocidas en Mawson. Los recuerdos de Staplefield, ya sólo míos, fruto de las historias de mi madre, me habían dejado una sensación visual del lugar tan aguda que podía recorrerlo mentalmente, centrar mi atención dondequiera que me apeteciera —la forja del pueblo; o Viola, erguida, elegante y con el cabello plateado, sentada frente a su escritorio de nogal; las dos buhardillas con los ventanucos, y los oscuros suelos de madera cubiertos por alfombras persas; las vistas que se extendían al sur, por encima de los campos, desde la glorieta—, y ver el lugar con diáfana claridad. Dichos recuerdos se convirtieron en mi refugio principal cuando llegaron los momentos amargos del Instituto Superior de Mawson. Hasta que conocí, podríamos decir a falta de una palabra mejor, a mi amiga invisible, Alice Jessell.

La carta llegó una mañana encapotada, tórrida y sofocante a finales de las vacaciones de verano. Yo tenía trece años y medio. Mis últimos días de libertad se esfumaban. Durante semanas el calor había sido demasiado intenso para hacer nada más que tumbarme en la cama a leer, o simplemente escuchar los crujidos y zumbidos del ventilador a medida que giraba, entregado alternativamente a deseos de que pasara el tiempo y de que, por otro lado, las vacaciones no acabaran nunca. No había nada que esperar, excepto un nuevo año inmerso en el grupo de los perdidos: los empollones, los gallinas, los patosos en deportes. A través de la ventana llegó a mis oídos el leve rumor de la moto del cartero y bajé hasta el buzón, sólo por entretenerme.

Dejando a un lado las facturas y circulares comerciales, mis padres recibían muy poca correspondencia, y aún menos del otro lado del océano, a excepción de alguna invitación esporádica para hacerse socio de algún club del libro o el disco. Hasta ese día no creo que hubiera visto nunca una carta dirigida a mí. Ésta llevaba mi nombre

completo: Señor Gerard Hugh Freeman. Deslicé la carta en el bolsillo de los shorts justo antes de que mi madre apareciera en la puerta y le di el resto de la correspondencia que había traído el cartero.

Penfriends International, decía el membrete en la parte superior del sobre. Apartado de correos 294, Mount Pleasant, Londres WC1. Correo aéreo. En el interior había una carta, también escrita a máquina, encabezada por «Querido Gerard», preguntándome si querría tener un amigo por carta, y, de ser así, si preferiría una chica o un chico. Lo único que tenía que hacer era escribir a la secretaria, la señorita Juliet Summers, hablándole de mí mismo para ayudarla a encontrar a mi amigo ideal, y enviar la respuesta en el sobre adjunto.

Sabía con exactitud qué diría mi madre. Pero el nombre de Juliet Summers sonaba cálido y simpático, y acabé escribiéndole varias páginas —le hablé incluso de Staplefield— pidiéndole que me encontrara una amiga por carta. Lo hice a toda prisa, sin tener tiempo para pensar, de manera que fue sólo al regresar de la oficina de correos cuando me di cuenta de que mi madre vería la respuesta antes que yo.

Y así fue. Cuando llegué a casa el viernes de la primera, y lúgubre, semana de clases, la encontré acurrucada en el recibidor, apretando con las manos un sobre. La piel en torno a la nariz parecía ajada y brillante.

—Hay una carta para ti, Gerard —dijo en tono acusador—. ¿La abro?

—No. ¿Me la das, madre?

La respuesta habitual a esta pregunta habría sido «No, *gracias, madre*» (mi madre odiaba la palabra «mamá» y no la permitía en casa), seguida de un enfático: «¿*Te importa* dárme-la, madre?». Pero ese día se limitó a permanecer allí, llevando la mirada alternativamente de mí al sobre, que seguía agarrando para que no pudiera ver qué ponía.

De repente comprendí que, por primera vez en mi vida, la razón estaba de mi parte.

—¿*Te importa* darme la carta, por favor, madre? —repetí.

Me la entregó despacio, con reticencia. «*Penfriends International*». La parte del sobre que habían apretado sus dedos estaba fuertemente arrugada.

—Gracias, madre —dije, retirándome a mi habitación. Pero ella no había terminado conmigo.

—Gerard, ¿has dado nuestra dirección a alguien?

—No, madre.

—¿Entonces cómo sabían adónde enviarla?

Estaba a punto de decir que lo ignoraba cuando vi hacia dónde se encaminaba todo esto. Coger una carta del buzón y contestarla sin decírselo, incluso aunque fuera una carta dirigida a mí, contaría como un acto subrepticio y deshonesto. Pude notar cómo la razón se resquebrajaba bajo el peso de la culpa.

—Lo vi... Lo vi en el tablón de anuncios del colegio —improvisé—. Amigos por carta.

—¿La señora Broughton te dio permiso para que les escribieras?

—No, madre, yo... yo sólo quería escribirme con alguien.

—Así que les *diste* nuestra dirección.

—Supongo que sí, sí... —murmuré, optando por lo que parecía ser el menor de los males.

—No tenías ningún derecho a hacerlo. No sin consultármelo antes. ¿Y de dónde sacaste el sello?

—Lo compré con mi paga.

—Ya veo... Gerard —dijo con la voz de mando de un celador—, quiero que me enseñes esa carta.

Temí que, si lo hacía, nunca volvería a verla.

—Madre, siempre has dicho que las cartas son privadas... ¿por qué no puedo leerla yo, si es mía? —Mí voz se quebró al llegar a la última palabra.

Enrojeció; me miró, giró en redondo y se marchó.

La carta estaba mecanografiada, pero no era de la señorita Summers.

Querido Gerard:

Espero que no te importe, pero la señorita Summers me hizo llegar la carta que escribiste (envió muchas más, pero la tuya fue la única que me gustó de verdad) y pensé que te parecías tanto al amigo que siempre he deseado tener que le pre-

gunté si podía escribirte directamente. ¡Por supuesto, no tienes por qué contestarme si no te apetece!

Me llamo Alice Jessell, cumpliré catorce años el próximo marzo y, como tú, soy hija única, aunque mis padres han muerto: los tres sufrimos un accidente de coche. Sé que tal vez no debería incluir esta parte así, de sopetón, pero quiero quitármela de encima. En cualquier caso, quizá no quieras seguir leyendo; es justo, siempre y cuando sepas que no busco compasión y que lo último, de verdad, lo último que quiero es que sientas lástima por mí, sólo que seas mi amigo por carta. Así que, como iba diciendo, mis padres murieron en el accidente, que sucedió hace unos tres años. Sobreviví porque iba en el asiento de atrás, pero la columna vertebral me quedó dañada, así que no puedo caminar. Los brazos los tengo bien: mecanografié esta carta sólo porque mi letra es muy difícil de leer, y a máquina escribo mucho más rápido que a mano. Como no teníamos parientes ni nada, tuve que ir a una residencia: sé que esto debe de sonar terrible y fue, por supuesto, increíblemente desagradable al principio. Pero se trata de un lugar realmente encantador, en el campo, en Sussex. El seguro paga mi estancia aquí, tengo incluso profesores particulares para no tener que desplazarme hasta la escuela, y una hermosa habitación toda para mí, desde la que se ven campos y árboles y cosas.

Ahora ya lo he dicho. Te repito que, de verdad, no busco compasión, quiero que pienses en mí, si puedes —y sólo si quieres ser mi amigo por carta, claro—, como en una persona normal que sólo quiere compartir las cosas habituales. No veo la tele ni escucho música pop, pero me encanta leer, y me pareció que a ti también, y me encantaría tener a alguien de mi edad con quien hablar de libros. (La mayoría del resto de la gente de aquí es muy amable, pero son mucho mayores que yo.) Y, de algún modo, formar parte de la vida de alguien, ser su amiga. Bueno, ya está bien.

Ahora hay nieve sobre los campos, pero brilla el sol, las ardillas corretean arriba y abajo por el gran roble que hay

frente a mi ventana, y los pajarillos de la ventana cantan tan fuerte que sus trinos apagan el ruido de la máquina de escribir. En realidad el sitio donde estoy se parece al lugar donde creció tu madre: una gran casa de ladrillo rojo en el campo, rodeada de praderas y bosques. ¡Mawson parece tremendamente caluroso y seco! Siento si eso ha sido un poco grosero, quiero decir que seguro que es precioso, pero tan distinto a esto...

En cualquier caso, lo mejor será que pare y le dé la carta a la supervisora (es casi como una tía, de verdad) para que la remita a la señorita Summers, porque Penfriends International es una especie de organización benéfica que se hace cargo de los gastos de envío. Así que, si quieres, escíbeme a través de la señorita Summers, y entonces cada vez que me mande una de tus cartas incluirá algunos sellos: así no tendrás que comprarlos. Nuestras cartas serán totalmente privadas.

Ahora sí que debo parar. Antes de que me entre el pánico y tire la carta a la basura convencida de que estoy quedando como una imbécil.

Con cariño,
Alice

P. S. Encuentro que Gerard es un nombre precioso.

Me tumbé en la cama y leí la carta de Alice una y otra vez. Me pareció increíblemente valiente, más de lo que podía imaginar, y sin embargo no sentí lástima por ella. Simpatía, sí; pero, aunque ser huérfana en una silla de ruedas me parecía una cosa terrible, su carta me hizo sentir como quien se resguarda de la oscuridad en una noche de ventisca, sin saber el frío que ha pasado hasta que siente el calor del fuego.

Leer las cartas ajenas es un pecado terrible. Pero eso no me había detenido en mis intentos de volver a abrir el cajón. Busqué con la mirada un escondrijo. ¿Debajo del colchón? ¿Encima del armario? ¿Detrás de los libros de la estantería? No había ningún lugar seguro.

Pensé de nuevo en lo valiente que Alice debía de ser, y de repente me avergoncé de tener trece años y medio, estar empezando el segundo año de instituto, y todavía tener miedo de decirle a mi madre que sí, tenía una amiga por carta, y no, no pensaba dejársela leer.

Pero aquella noche, durante la cena, al enfrentarme con la corriente de desaprobación de mi madre, también tuve que enfrentarme, por enésima vez, al hecho de que no era más que un cobarde.

—Madre, quiero... Quiero decir, por favor, ¿puedo escribir a...?

—No vas a escribirle a *nadie*, Gerard. Todavía estoy esperando que me des esa carta.

—Madre, siempre me has dicho que está mal leer las cartas de los demás... —De nuevo me traicionó la voz. Mi madre estaba visiblemente agitada. Notando que el volcán estaba a punto de entrar en erupción, mi padre se concentró en la costilla de cordero.

—*Voy* a leer esa carta porque *tú* me la vas a dar. ¿Y quién es este amigo por carta, de todos modos?

—Amiga... Es...

—¿Una *chica*? No te escribirás con ninguna chica, Gerard, no hasta que yo haya visto esa carta y escrito a su madre en persona.

—¡No tiene *madre*! —le espeté—. Es huérfana, vive en una residencia. —Me sentí como si estuviera traicionando a Alice, pero comprendí que ahí radicaba mi única posibilidad.

—¿Y dónde está esta residencia?

—En... en el campo.

—La carta venía de Londres —repuso ella.

—Ellos se encargan de enviarlas, Penfriends International, y pagan los gastos... para niños que... niños como Alice que no tienen padres.

—¿Quieres decir que es una *obra de caridad*?

Asentí con fuerza. Mi madre se quedó en silencio durante un momento. Parecía levemente incómoda.

—Oh. Bueno, tendré que escribirles antes, claro... pero supongo que... Va, tráeme esa carta, por favor. Luego ya veremos.

Justo cuando creía que me había soltado del anzuelo.

—Madre... —empecé a decir sin ninguna esperanza.

—La carta es suya, Phyllis.

Mi madre no se habría quedado más atónita si le hubiera hablado a mi favor la bandeja de la fruta. Abrió la boca, pero de ella no salió sonido alguno. Mi padre parecía igual de sorprendido.

—Iré a buscar la dirección —dije en un momento de inspiración, sabiendo que no cesaría en su empeño hasta haber escrito como mínimo a Juliet Summers.

Mi madre asintió en silencio y los dejé, contemplándose mutuamente en un profundo estado de estupefacción.

Después de secar los platos salí al garaje y pregunté a mi padre si podía tener una caja con cerradura para guardar algunas cosas. Parecía decidido a portarse como si nada hubiera ocurrido, pero me dio una sólida caja de herramientas, metálica, y un brillante candado con su correspondiente llave, y pasamos un buen rato jugando a los trenes. Estoy seguro de que sabía por qué le estaba agradecido de verdad.

Aquella misma noche empecé mi primera carta para Alice y continué durante la mayor parte de la semana, páginas y páginas escritas en el mismo tono que habría usado si hubiera estado hablando con ella, contándole todo el enfrentamiento con mi madre, explicándole los horrores del colegio, lo que me gustaba y lo que no, y más cosas sobre Staplefield, lo mucho que significaba para mí y la negativa de mi madre a volver a hablar del tema después de que yo encontrara la foto en su cuarto. Escribí de forma compulsiva, como si me lo dictaran, sabiendo que no debía releer lo que había dicho o plantearme demasiado lo que estaba haciendo. Pasé el siguiente fin de semana atormentado por el miedo y la esperanza, hasta que llegó su respuesta y supe seguro que todo iba bien.

Mi madre nunca llegó a decirme si había escrito a Juliet Summers. Actuaba como si las cartas que encontraba en mi escritorio cuando llegaba a casa del colegio se hubieran materializado sin que ella lo supiera. Parte de mí deseaba recuperar su aprobación, pero también sabía que si hablaba sólo una vez de Alice, no podría parar hasta que to-

dos los detalles hubieran sido expuestos y sometidos a su escrutinio en la mesa de la cocina.

De manera que nuestro silencio sobre Staplefield se extendió hasta Alice. Pero ahora tenía a Alice a quien escribir, y ella nunca se cansaba de oír cosas de Staplefield. O, al parecer, de nada que tuviera que ver con mi vida. Era siempre como si ella me escribiera *desde* Staplefield, ya que el paisaje que se veía desde su ventana me recordaba a todas horas la vista que mi madre solía describirme: el cuidado jardín, con altos árboles cuyas ramas llegaban hasta la ventana, después el entramado de campos verdes, que conducía hasta los bosques de las empinadas montañas a corta distancia.

Yo quería saber dónde estaba exactamente, para poder mirarlo en el atlas. Pero, desde el principio, Alice fijó ciertas reglas.

Gerard, necesito que comprendas por qué no quiero hablar de mi vida previa al accidente. Amo a mis padres, pienso en ellos a todas horas. A menudo siento que están muy cerca, observándome, por extraño que esto suene. Pero para sobrevivir he tenido que dejar atrás todo aquello que tenía antes del accidente. Mis amigos, todas mis cosas, todo. Lo único que traje conmigo fue mi foto favorita de mis padres; está aquí, sobre el escritorio, mientras escribo esto. Como si —esto te sonará tremendamente raro, lo sé—, como si yo hubiera muerto con ellos y estuviera en una especie de otra vida, sólo que aquí en la Tierra, como una reencarnación, pero distinto. Sabía que si intentaba esconderme bajo un manto de piedad me ahogaría. Y al quitar el manto tuve que despojarme de todo.

Si tuviera hermanos, hermanas y parientes no tendría elección, claro. Pero en ese caso sería la lisiada de la familia, y no creo que quisiera seguir viviendo. Así soy sólo una chica que necesita la ayuda de una silla de ruedas para moverse. No una lisiada, una parapléjica o una inválida, sólo yo. Tengo movilidad, de hecho lo hago todo sola. Y la gente de aquí es fantástica: dejando a un lado al fisioterapeuta y el personal médico, todos te tratan como si fueras completamente normal.

Pero he estado muy sola, y tus cartas marcan la diferencia. Iluminan mi vida.

Ahora vayamos a la parte difícil. No quiero contarte exactamente dónde estoy porque... (aquí he hecho una pausa larga de verdad: mientras me preguntaba cómo decírtelo me ha dado tiempo a observar a un chico y a una chica que parecen de nuestra edad, caminando tomados del brazo por los campos, desde el sendero que sale de nuestro jardín hasta el extremo del bosque), bien, por la misma razón por la que no quiero enviarte una foto mía. (Para empezar no tengo ninguna, pero ésa no es la causa.) Y no es porque esté tremendamente desfigurada ni nada de eso, en realidad no tengo ninguna cicatriz.

No, es porque una foto mía tendría que ser una foto de mí en la silla o, en cualquier caso, de alguien incapaz de caminar, y no quiero que me veas así. Me temo que sentirías pena por mí. Espero que lo entiendas, aunque —y es totalmente injusto, lo sé— me encantaría tener una foto tuya (y de tus padres, y de la casa donde vives, sólo si te apetece, por supuesto). A cambio, intentaré responder con sinceridad a tus preguntas sobre mi aspecto.

Si por algún milagro consigo volver a andar, te enviaré una foto. Pero hasta entonces prefiero ser

Tu amiga invisible
Con amor, Alice

P. S. Es una verdadera muestra de vanidad, lo sé. Pero acabo de caer en la cuenta de que quizá creas que peso una tonelada, y estoy cubierta de acné o algo parecido. En realidad estoy delgada y... bueno, no soy del todo fea.

P. P. S. Si te soy sincera, ésa no es la única razón, para no mandarte la foto quiero decir. No quiero estar *condenada* por una foto. Piensa en mí como quieras, eso es lo que me gustaría que hicieras.